

realmente nada más que una surcusa de Roma, porque la disposición sobre los obispados, pertenecía de hecho al papa, reconociendo á este como á su señor y dueño supremo la gran masa de los arzobispos, obispos, abades, frailes, párrocos y capellanes, en fin, todo el ejército inmenso y bien organizado que marchaba bajo la tonsura, demostrándose sumiso para con Roma, pero imperioso contra el propio país, y podía sostenerse en esta posición imperiosa, tanto más tranquilamente, cuanto estaba siempre segura de encontrar en los príncipes alemanes aliados siempre dispuestos contra el rey emperador, el cual solamente disponía, además de las fuerzas de su casa, del mecanismo indócil y generalmente inútil en la hora decisiva, del estado feudal, entonces ya completamente desarrollado. En el fondo todo el poder imperial dependía de la buena voluntad de los grandes varones, los duques y obispos, los condes y abades. Ciertamente los emperadores enérgicos han sabido muchas veces conseguir esta buena voluntad por la fuerza, pero la fuerza era siempre el último recurso y no producía nunca un efecto duradero. Considerándolo bien, el estado feudal no ha sido nunca más que la anarquía organizada; sólo que en el imperio alemán la forma feudal ha sido tanto más funesta, porque los grandes feudos seculares, los ducados y condados, eran casi todos hereditarios ya á fines del siglo XI, y los eclesiásticos, los obispados y abadías, dependían de hecho de la curia romana.

En aquel mismo tiempo, el poder de la Iglesia tomó un incremento enorme por la aparición de uno de los vértigos más colosales que jamás han atacado á la pobre humanidad, las cruzadas, esa invasión de los bárbaros invertida, que fué decretada formalmente en 1095, por el concilio de Clermont, bajo la presidencia del papa Urbano II. Al principio los alemanes quedaron libres del vértigo. Cuando en 1096 la numerosa pillería que Pedro *el ermitaño* quería conducir de Francia á la *Tierra santa*, gitaneaba por el sur de Alemania, señalando su camino con excesos de toda clase, con hurtos y robos y quemando á numerosos judíos con caridad cristiana, los alemanes vieron con disgusto esta nueva moda piadosa; pero ya el jefe de la primera cruzada ordenada, el lorenés Godofredo de Bouillon el conquistador de Jerusalem (1099), era un príncipe del imperio alemán, y pronto los alemanes rivalizaron con los demás pueblos del occidente cristiano, en eso de *crusadear*, y la romería guerrera, el *querido viaje* á la Tierra santa, llegó á ser una moda caballerisca que continuaba todavía cuando se había acabado para siempre el negocio de la conquista de Palestina; dirigiéndose el *querido viaje*, en vez de Jerusalem á Prusia y Lituania, para predicar el cristianismo á los paganos eslavos y gineses, no muy suavemente por cierto, pero al fin civilizadamente. Asimismo, por lo demás, obraron también en general las cruzadas en Tierra santa. Del choque de las dos fés, la cristiana occidental y la mahometana oriental, nació multitud de centellas civilizadoras que se desparramaron sobre los pueblos cruzados, ensanchándose considerablemente el horizonte físico é intelectual de unos y otros, y abriendo nuevas vías al comercio estimulado por el aumento de consumos. Un rayo vigoroso de la lúcida imaginación oriental cayó en la lóbrega oscuridad de la frailería occidental. Los habitantes de la Europa

occidental, meridional y central, entraron en relaciones mútuas más animadas por la participación común en la grande empresa; lo inopinado de la separación nacional quedó mitigada por el sentimiento de pertenecer á la comunidad cristiana, aprendiendo las naciones á conocerse y apreciarse, y cambiando mutuamente sus opiniones y tradiciones, sus leyendas é historias, sus usos y



LOS CRUZADOS.

costumbres. La cristiandad se sentía como reanimada por la idea de formar un mundo unido enfrente del mundo mahometano. El principio de lucha contra el islamismo se continuó durante siglos en la historia de Europa, exactamente como una roja arteria. Las cruzadas, consideradas en el sentido más lato como lucha entre el Oriente y el Occidente, entre la humanidad cristiana y la mahometana, han fecundado, pues, de muchas maneras la labor de la civilización europea, siendo también la escuela del romanticismo, cuyo fruto intelectual ha sido la poesía y el arte románticos, y cuya creación social fué el caballerismo.

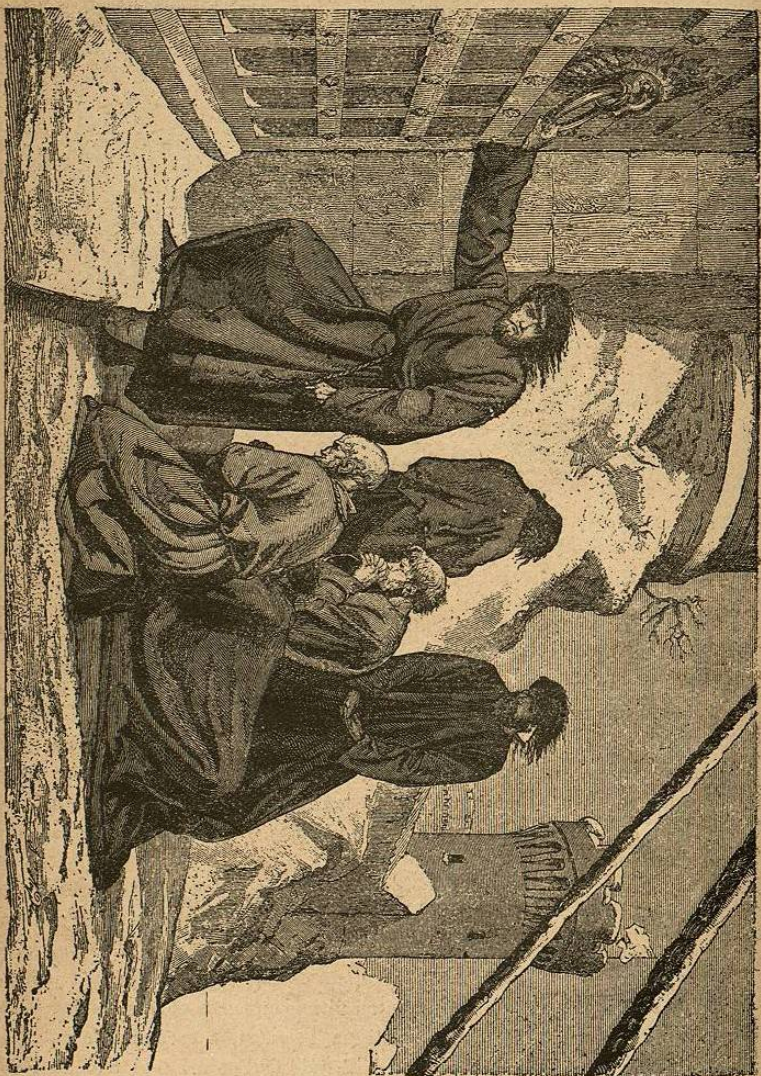
Y á fé, bien se necesitaba entonces de nuevos estímulos civilizadores, pues ese siglo XI era una época salvaje y desenfadada. En Alemania, según se expresa un cronista monacal de entonces: *La Iglesia y el Estado, fueron asolados y arruinados por la ambición y codicia de los príncipes y por la concupiscencia de los obispos y abades*. Estos últimos no eran ménos pendencieros y rudos que los seglares, como atestigua la cuestión escandalosa entre el obispo Hezilo de Hildesheim y el abad Viderado de Fulda, en el año de 1063. Por Navidad del año anterior los dos reverendísimos y caritativos señores habían tenido una disputa cruel en la corte del rey, porque el reverendísimo señor abad de Fulda pretendía que su silla en la iglesia debía estar al lado de la del arzobispo de Maguncia, lo cual no quería conceder el ilustrísimo

señor obispo de Hildesheim. Sabido es que en asuntos de ceremonial y etiqueta, los grandes de Alemania han sido siempre extraordinariamente meticulo-



EL ESCÁNDALO DE PENTECOSTÉS DE COSLAR.

sos, concienzudos y firmes. El obispo Hezilo descaba pucs, enseñar al ambicioso abate Fulda el rango que le correspondía, y cuando en el mencionado año, el rey Enrique IV, que no tenía aun 13 años, celebraba la Pascua de Pen-



7. IV EN CANOSA.

tescotés en la villa de Goslar, procedió á demostrar palpablemente que en el territorio de su diócesis, ningun clérigo podía pretender la preferencia, precedencia ni presidencia sobre él, con la única excepción del arzobispo de Maguncia. En efecto, éste estaba presente, así mismo el arzobispo Hanno de Colonia, y gran número de magnates, seglares y eclesiásticos, pues en tiempo de las grandes fiestas de la Iglesia, las córtés reales é imperiales solían reunir forasteros en gran número. Hezilo había tomado sus medidas para prevenir que al cojo Viderado se le ocurriera otra vez ocupar el puesto al lado de Sifrido de Maguncia. Su instrumento fué el conde Egberto de Vromwik, quien naturalmente, no de balde, se escondió con unos cuantos de sus *caballeros* detrás del altar mayor de la catedral, y en el momento en que en la vispera de Pentescostés los criados colocaban las sillas para sus señores en el coro, salió de repente abalanzándose sobre la servidumbre del abad de Fulda, echándola de la Iglesia á palos y puñetazos. La llegada de la córte aplacó el tumulto, mas no por mucho tiempo. El jóven rey, los príncipes y prelados ocuparon sus asientos; pero el pobre Viderado, cuyo asiento faltaba al lado del destinado para el arzobispo de Maguncia, cojeaba por allí desconcertado. Empezó el oficio, pero apenas se entonó el canto de visperas, resonaron gritos de guerra y retintín de armas, pues los *caballeros* del abad, llamados de sus moradas de la ciudad por los mozos maltratados, se precipitan en la iglesia con las espadas desnudas, abalanzándose sobre la gente del obispo y del conde Vronsniqués; éstos tiran también de la espada para defenderse, resulta una confusión atroz, resonando en la catedral la gritería de los combatientes, cubriéndose el suelo de heridos y muertos y enrojeciéndose de sangre. El belicoso Hezilo sube al púlpito y desde allí anima á los suyos *cual trompeta de guerra: No os preocupeis con la santidad del lugar, voceá el obispo; yo respondo de todo.* En balde se levanta el jóven rey para apaciguar á los contendientes; los furiosos no hacen más caso del real niño que de lo sagrado del lugar; los príncipes y prelados no piensan por su parte en poner fin á la lucha; sólo procuran que la servidumbre real proteja á Enrique y lo conduzca salvo á su palacio. Los de Hildeshein y Vronswik se sostienen victoriosos, derriban á los fuldenses, echan á los demás á la calle, y cierran las puertas. La noche pone fin al sangriento escándalo, de las quejas y querellas del abad vencido no se hace caso, dándole aún la culpa de la pendencia, pues su adversario Hezilo, tenía mucho valimiento en la corte. Los de Fulda, decíase, habían sido los acometedores, y Hezilo promulgó la excomunión de los vasallos de Viderado, tanto de los muertos como de los escapados. El tribunal de la corte impuso al abad una multa de consideración, es decir, los señores eclesiásticos y seglares que á la sazón privaban en la corte, pillaron ignominiosamente la rica abadía de Fulda, entrando una parte del dinero estorsionado en el bolsillo del obispo de Hildeshein, es decir, del verdadero autor del escándalo pentescostero de Goslar.

Es este un cuadro exacto de las costumbres del siglo xi. Si tales cosas podían suceder en la inmediata proximidad de la corte y aun en presencia de la majestad real, ¿qué no podía suceder en otras partes? No vemos tampoco que

las mujeres hayan influido, suavizando y purificando la barbarie y la disolución de la época. Las relaciones matrimoniales, y especialmente en las clases superiores, eran tratadas todavía con mucha frecuencia, según el estilo liviano de la época carlovingia; así sabemos por ejemplo, que Rodolfo de Suabia contra-rey de Enrique IV, estaba casado *legítimamente* con tres mujeres á la vez. Sin embargo, no faltaron ejemplos perspicuos de generosidad femenina, siendo un modelo verdaderamente brillante de magnanimidad, fidelidad y resignación, la esposa de Enrique, Berta, cuya hija única Inés, casada con uno de los vasallos más leales del infeliz emperador, el caballero Federico de Staufen, fué la abuela de una nueva dinastía imperial. Causanos también impresión muy grata, el epitafio que un docto fraile de Reigenau, hijo del conde suabio Volfrado, Herman *el lisiado*, lleno de piedad, compuso en el año 1052, para su madre Hiltrudis, llamando á la finada *el socorro y la esperanza de los suyos, la madre de los pobres y refugio de los desconsolados*, y añadiendo, *que dulce, paciente y pacífica, aspiraba al modesto papel de Marta, siendo empero, las delicias de todo el mundo.*

En cuanto á las moradas y los trajes en el siglo xi, conservaron las formas principales del siglo anterior. Para las casas de príncipes, caballeros y prelados, la piedra iba reemplazando la madera por ser más duradera y ofrecer mayor seguridad. Esta última consideración era también el motivo de la construcción cada vez más frecuente y necesaria de castillos, pues ¿quién pudiéndolo no habría querido prepararse un refugio donde cobijarse ante sus enemigos seguro de poderles resistir? En su lugar, examinaremos el castillo de la Edad media de fuera y de dentro, bastando aquí el hacer constar que ya en el siglo xi se nota claramente la diferencia entre castillos altos y castillos de agua, entre castillos de príncipes y castillos de vasallos.

El traje de los hombres y de las mujeres había progresado poco en la sustitución de los colores chillones con los más armoniosos. El traje femenino conservaba las túnicas inferior y superior y el manto colgado encima, sin pliegues y sin gracia. El traje masculino era parecido, con adición de calzones. La túnica y la capa de los hombres, alcanzaban hasta más abajo de las rodillas. El lienzo bizantino y la seda oriental formaban, junto con la peletería fina, el material indispensable para los vestidos de las clases elevadas, que gustaban de hacer las telas de seda y terciopelo más pesadas y valiosas mediante el bordado de oro y plata, como también los caballeros y las señoras se deleitaban en lucir y hacer resonar toda clase de atavíos de metal y pedrería. Grande era ya el lujo en el calzado, llevándose zapatos puntiagudos y muy ajustados, de seda amatilla, encarnada, verde ó azul, sujetos con correas de cuero de Córdoba, y adornados en el empeine con bordados ó piedras esmaltadas. Refiérese hasta que los sacerdotes elegantes llevaban en sus zapatos, espejitos para tener á cada paso el grato aspecto de su propia, importante y reverenda persona. Degeneró en bárbara la moda del siglo, que puso en voga el llamado traje partido, dividiendo al individuo, especialmente al masculino, de arriba abajo, en dos mitades de diferente color. Gran cuidado dedicábase al cutis y al cabello, haciendo las señoras elegantes mucho caso

de los peines de marfil y de los pequeños espejos de mano, que llevaban siempre consigo, como también se ponían los guantes no para resguardarse del frío, sino por razón de *elegancia*. Una idea del aspecto de un gran señor en las grandes solemnidades de la segunda mitad del siglo XI, nos la podemos formar por la estatua de Rodolfo de Suabia, en bronce, ejecutada entre los años de 1080 y 1090, que cubre su sepulcro en la catedral de Merseburgo. Casi de la misma época tenemos la figura de una señora sentada, en traje de gala de entonces, en un sólio, teniendo en la mano izquierda las tablillas de cera en que se escribía y en la derecha el estilo.

Ese sólio, con sus formas ásperas y primitivas, indica lo basto é incómodo que debe de haber sido el mueblaje, hasta de los ricos y grandes de la Alemania del siglo XI. Verdaderamente puede decirse que en aquella época la alta aristocracia no habitaba, dormía, comía, bebía y se vestía, ni de mucho, tan sana y cómodamente como hoy las familias obreras algo decentes. La mayor comodidad encontrábase, ciertamente, en los palacios de los obispos y en las abadías ricas; sabido es que los señores eclesiásticos han tenido en todo tiempo el olfato muy delicado para todas las cosas buenas que existen en este *valle de lágrimas*. Ellos sabían arreglarse muy cómodamente sus *clausuras* y dedicaban sus ócios al desarrollo del gusto de sus paladares y de sus lenguas. Realmente, con los obispos y abades se comía y bebía á las mil maravillas, ya bajo el reinado de los Enriques. Esto lo sabemos autorizadamente por el *libro de las bendiciones*, el cual, compuesto en el siglo XI por un fraile de S. Galo, se halla todavía en la biblioteca de aquel convento. La cocina de San Galo era no ménos rica y abundante que su bodega. En la mesa, dotada de diferentes asados, sal, condimentos y salsas, parecían, como primer plato, las diferentes clases de pescados, entre los cuales se contaba también el castor. Formaban el segundo plato las aves, de las que se mencionan quince especies; seguía como tercer plato la carne de matadero, enumerando nuestro autor, diez y siete maneras de prepararla; ocupaban el cuarto lugar diversas especies de caza, entre ellas la cabra montés, el uro y el alce. La carne de pavo, cisne y pato era considerada como indigesta, como también se desechaba la avellana por perjudicial al estómago, mientras que se recomendaba mucho el empleo del ajo. Por vía de postres, servíanse varias verduras y frutas, como las peras y manzanas del país y las frutas meridionales importadas. La abundancia y la variedad de las bebidas no dejaba nada que desear, sirviéndose cerveza é hidromiel para los paladares groseros, mientras que á los gustos refinados se les halagaba con vino natural condimentado ó hervido con miel.

Con semejante alimentación no era penoso plegar las piadosas manos sobre el vientre nada ascético, y alabar sinceramente al dador de todos esos bienes. Pero el trabajo civilizador que antes se hacía en los conventos, estaba ahora abandonado por completo ó poco ménos. Es verdad que las crónicas latinas empezadas en la época otoniana, fueron continuadas en algunos de los conventos, como en Reigenau por el fraile Herman, mencionado arriba, y en Hersfeld por fray Lamberto; pero la redacción de tales crónicas, según demues-

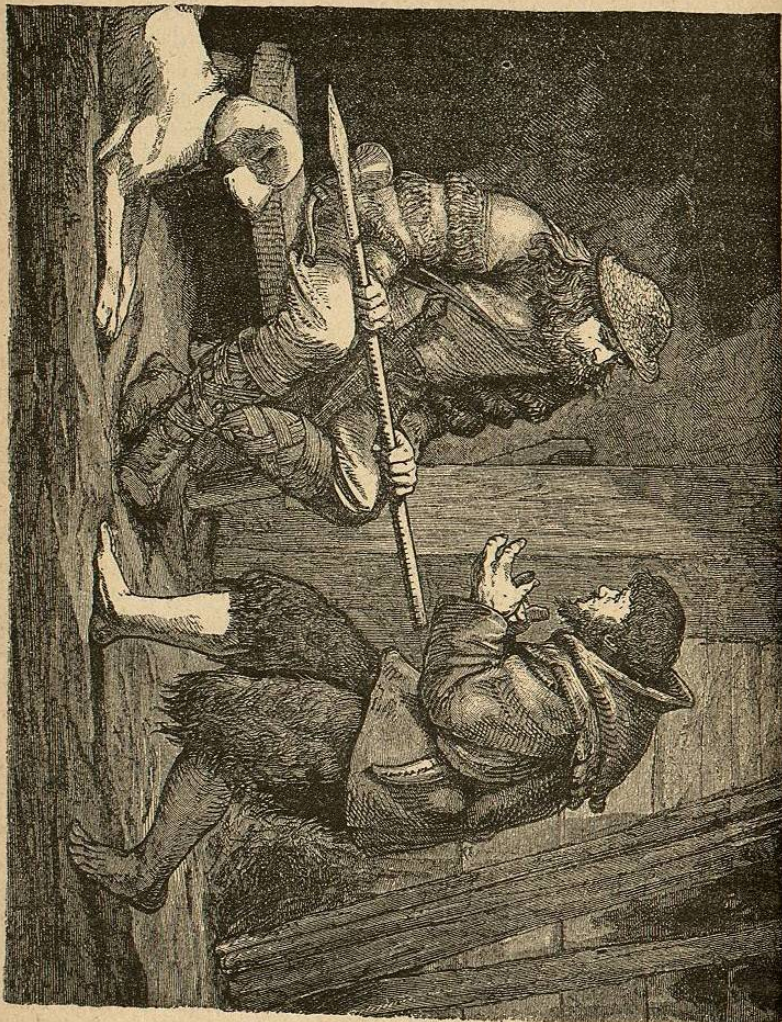
tra evidentemente la de Lamberto, servía únicamente para fines clericales, y en general toda la atención y aspiración del clero alemán, con pocas excepciones honrosas, se dirigían tan sólo á aumentar sus riquezas y su autoridad. Entre los prelados, ciertamente no han faltado nunca hombres instruidos, de buenas costumbres é ideas patrióticas; pero la gran mayoría de los eclesiásticos, altos y bajos, no sabía nada de las cosas y sentimientos más nobles. Estos *reverendos señores* pasaban todo el tiempo que les dejaban las intrigas políticas y la invención de cuentos piadosos, destinados á explotar la credulidad de los fieles, en la caza ó con el vino, los dados y las mujeres; de esto no dejan duda los lamentos que los mejores de los contemporáneos eclesiásticos proferían acerca de la licencia y corrupción de sus cotonsurados.

Al lado del clero, cuya jerarquía se elevaba desde el cura de aldea hasta el príncipe arzobispo y desde el hermano lego hasta el abad príncipe del imperio, y al lado de la alta nobleza, los condes, marqueses y duques, la verdadera masa de la población alemana, bajo el reinado de los Enriques, constaba de los labradores y de la nobleza baja, los simples hidalgos. La burguesía ciudadana no podía rivalizar en número con la última, y mucho ménos con la primera. La nobleza baja constaba en esta época, como en el reinado de los Otones, de los caballeros, ó sea ginetes, que eran descendientes de los antiguos libres ordinarios, ó bien los ministeriales (menestrales), que cumplían como ginetes su obligación de seguir á su amo en la guerra. El estado de labradores constaba de una minoría de campesinos libres y de una mayoría de campesinos siervos. El campesino libre tenía derechos y verdadera propiedad, por la cual no había de servir á nadie y podía vender y legar; además podía formar parte de los tribunales, en calidad de regidor, y le era permitido llevar armas; como señal de su libertad podía dejarse crecer el cabello, como hacían los nobles. En Frisonia, Sajonia, Vestfalia, Suabia, inclusa la Suiza, como también á lo largo del Danubio, en Baviera y Austria, existían semejantes comunidades de campesinos libres, no ménos orgullosos que la nobleza, considerándose sometidos solamente al emperador, evitando cuidadosamente los *malos casamientos* con no libres, y mostrando á veces hasta al omnipotente clero, que aun ardía en ellos una chispa de la antigua rebeldía pagana. Los campesinos no libres, que eran los más, debían llevar el pelo cortado, no podían ser ni regidores ni testigos, necesitaban para casarse del permiso de su amo, llevaban armas solamente cuando el señor se las daba, para que le acompañasen á la guerra; no podían poseer verdadera propiedad ni ausentarse de la finca señalada para que la cultivasen, sin permiso ó por mandato de su amo; el campesino siervo, por lo tanto, no era persona, sino cosa. No solamente los nobles, sí que también los campesinos libres, tenían siervos, considerándose como los más ínfimos, aquellos que en vez de cultivar la tierra como colonos, cuidaban del servicio inmediato de la casa y corral, del campo y monte de sus amos; y sin embargo, este grado inferior era frecuentemente un medio para alcanzar la libertad; especialmente en las casas de príncipes, no le era difícil á un mozo de casa ó de cuadra, verse elevado al rango de caballero, en recompensa de su lealtad. Con el tiempo esto se hizo

mucho más difícil, y en teoría hasta imposible, porque la dignidad de caballero tenía por condición previa el nacimiento, es decir, la descendencia de caballero.

Enfrente del clero, de la nobleza alta y baja, de los caballeros y de los campesinos, estaba la burguesía ciudadana, aunque también esta se componía originalmente de nobles y campesinos, de libres y no libres. El nombre burgés viene de burgo, ó sea castillo, en el cual se cobijaba; burgos reales, episcopales ó principales, habían sido casi todas las ciudades alemanas, prescindiendo de las procedentes de la época romana, y los menestrales reales, episcopales ó ducales, eran los que componían las primeras comunidades burgesas. Agregábanse á estos aun los campesinos libres que, abandonando el campo, fueron á establecerse en la naciente ciudad; todos estos primeros habitantes de las villas, formaban juntos la nobleza ciudadana, la clase de los burgeses antiguos, cuyos miembros se llamaron luego patricios ó también *glebenos*, porque su arma principal era la *glebe*, ó sea la lanza larga de los caballeros. Durante mucho tiempo, estos burgeses antiguos eran los únicos que gozaban de derechos políticos. Los campesinos siervos y los artesanos, que se establecieron al amparo de los muros de la ciudad, se llamaban *burgeses protegidos* ó también *burgeses de lanzón*, por ser éste su arma, ó aun *burgeses de palizadas*, porque al principio estaban obligados á construir sus viviendas fuera de la empalizada que cercaba la ciudad propiamente dicha. Se ve pues que también entre la burguesía, las diferencias de clases se manifestaban terminantemente, y se sabe que en la época posterior de la Edad media, la nivelación de estas diferencias provocó en el seno de las ciudades las luchas más violentas de partidos y clases, con el resultado de transformarse en democráticas casi todas las repúblicas ciudadanas aristocráticas, de lo cual tendremos que hablar otra vez más adelante.

Desde el principio del desarrollo de las ciudades alemanas, distinguíanse ciudades del imperio y ciudades del país, sometidas las primeras á la soberanía y jurisdicción del rey emperador y las últimas al príncipe seglar ó eclesiástico del país. Los empleados imperiales, episcopales ó ducales, que representaban en las ciudades al soberano y presidían los tribunales, se llamaban condes del burgo, prebostes, y en otras partes alcaldes. Las ciudades imperiales tomaban parte en las dietas, las ciudades del país en los congresos regionales, instituciones representativas á que habían ido reduciéndose gradualmente las primitivas asambleas de todos los libres. Aumentando la población y la prosperidad, despertábase también poderosamente el instinto de independencia, consiguiendo las comunidades municipales adquirir de sus soberanos los emperadores, príncipes, obispos ó abades, por vía de compra, convenio ó donación, ciertas prerogativas de soberanía, como la jurisdicción y el derecho de acuñar moneda, alcanzando poco á poco la administración independiente, de manera que ya no eran los empleados del emperador ó del príncipe los que gobernaban en las ciudades, sino consejos de regidores elegidos de entre los patricios, teniendo al frente á un *burgomaestre* ó *maestre del consejo*. En cuanto al derecho de acuñar moneda, podemos decir que bajo



CAMPESINO LIBRE Y SIERVO.

el reinado de los Enriques, no se acuñaba en el imperio alemán sino una sola clase: el denario (dinero) de plata, formando doce un sólido (sueldo); el correspondiente al florin futuro no era acuñado, sino tan sólo una moneda convencional. No había monedas de cobre, de las que se acuñaron las primeras en el siglo xvi. Las monedas de oro que circulaban, procedían de la época merovingia ó en más abundancia eran bizantinas, por cuyo motivo el nombre de las monedas de oro era *bizantino*.

En las ciudades prósperas encontraron refugio y cultivo al lado de la industria y el comercio, las ciencias y las artes, emigrando cada vez más de los conventos, que iban corrompiéndose extraordinariamente. En lugar de las escuelas monásticas, que un cardenal del siglo xi, Damiani, quería suprimir porque *eran un estorbo para la devoción de los frailes*, surgieron las escuelas de las catedrales, floreciendo, sobre todo, bajo la dirección de clérigos, maestros y escolásticos, las de Lieja, Estrasburgo, Maguncia, Virzburgo, Hildesheim, Osaabruk y Ratisbona. Naturalmente, las escuelas de las catedrales estaban destinadas, como las de los conventos, si no exclusivamente, por lo ménos con preferencia á la enseñanza de los muchachos y jóvenes que querían ser sacerdotes. Hasta las condiciones mecánicas previas de toda cultura intelectual superior, la capacidad de leer y escribir, llamábanse artes clericales, como si hubiesen de quedar reservadas al clero y fuesen inútiles para los legos. En Ratisbona, había pasado por la escuela de S. Emerano, aquel célebre Guillermo, que murió en 1091, siendo abad de Hirschau, sin duda uno de los hombres más sabios de su tiempo, que escribió para enseñanza de sus contemporáneos una especie de enciclopedia filosófica, por la cual sabemos, entre otras cosas, la manera cómo los pedagogos más competentes de la última mitad del siglo xi querían que se emprendiesen los estudios. *El orden en el aprender, dice Guillermo, requiere que se empiece por la retórica, ya que en ella estriba todo saber; ésta se divide en tres partes, enseñando la gramática á escribir y leer correctamente, la dialéctica á demostrar y la retórica á expresar lo demostrado con palabras escogidas. Así armados y provistos, procedemos al estudio de la filosofía, siendo el método el de aprender primero el cuádrivio, á saber: la aritmética, la música, la geometría y la astronomía.* Este método dominó durante toda la Edad media; nuestro abad caracteriza la filosofía como *el conocimiento exacto del mundo visible é invisible, contando entre las cosas de este último al Criador, al alma universal, á los ángeles, á los demonios y al alma humana.* Notable es lo que dicen de la tierra: *Es el centro del mundo y por lo tanto el elemento interior, puesto que en todos los cuerpos esféricos, el centro es la parte interior. El mundo se parece á un huevo; la tierra en el centro representa la yema; alrededor de la tierra hay el agua como la clara rodea á la yema; alrededor del agua circula el aire como la clara está envuelta en la membrana; y finalmente lo más exterior es la esfera de fuego que representa la cáscara.* Por lo demás, el bueno del abad sabe ya, y lo dice expresamente, que la tierra, el agua, el aire y el fuego, no son elementos, sino que constan de elementos.

La filosofía física y moral de la Edad media, cuyos rudimentos nos presenta

Guillermo, halló luego su desenvolvimiento definitivo en los siglos xii y xiii, por la *escolástica*, cuyo principal representante era santo Tomás de Aquino, y que sirvió de base á la *Divina comedia*. Esta filosofía, como sabe todo el mundo, intentaba hermanar la fé con el saber, es decir, pretendían sujetar el pensamiento al dogma cristiano, ó en otros términos, quería hacer pasar al camello dogma por el agujero de aguja razón. Esta pretendida filosofía no era, por consiguiente, nada más que la teología ataviada con dialéctica. Las ideas acerca del mundo establecidas, desarrolladas y defendidas por la escolástica, ha reinado durante muchos siglos en nuestra patria y por esto es justo que la expongamos en pocas palabras:

En el centro del universo flotan la esfera de la tierra, al rededor de la cual giran con diferente velocidad en siete cielos superpuestos, el sol, la luna y los cinco planetas; los demás astros son incorpóreos, suspendidos libremente en el espacio celeste, encima del cual se extiende como esfera novena, el cielo cristalino, y detrás de éste hállase el décimo y último, el empireo, la esfera de fuego que es inmóvil y constituye el cielo propiamente dicho, pues aquí está el trono de Dios, Padre, Hijo y Espíritu, rodeándole los santos, los escogidos, mientras que el vulgo de los bienaventurados se halla repartido en las restantes nueve esferas, según los diferentes grados de su dignidad. Dios padre, gobernándolo todo desde el último confin del mundo, tiene por mensajeros y servidores á los espíritus buenos, los ángeles, cuyo número es calculado por santo Tomás en mil millones. La tierra tiene en su centro al infierno, donde el anti-Dios, el pseudo-dios, el diablo, Satanás, Lucifer, con todos sus demonios y las almas condenadas moran en eterna tortura. El diablo y sus malos espíritus son ángeles caídos, que han conservado sus fuerzas sobrenaturales, que emplean sólo en perjuicio del reino de Dios y en perdición de los hombres. El hombre es la corona de la creación, al mismo tiempo que su fin supremo, pues para él existe el mundo, y como el sol, la luna y las estrellas giran alrededor de la tierra, así mismo gira alrededor del hombre todo el mundo de los espíritus; mas por sí sólo el hombre no es nada, es decir, que depende de las potencias espirituales externas. Los demonios tratan incesantemente de seducirle para el mal mientras que los ángeles procuran constantemente mantenerlo en el bien. La gran partición que divide al mundo, el dualismo de espíritu y naturaleza, fuerza y materia, bien y mal Dios y diablo, afecta también al hombre, que oscila eternamente entre Cristo y Belial. El cielo y el infierno se disputan su alma. Por lo demás, la existencia terrenal del hombre no es más que un medio para alcanzar un fin superior, á saber, el cielo, que es su verdadero domicilio; sufridor y penitente en la tierra, debe ganarse el cielo, y para hacer esto posible, Dios ha enviado á la tierra á su Hijo unigénito para que por el sacrificio de su muerte venza al infierno, redima al hombre del pecado y le faculte para la bienaventuranza.

El fin de esta manera de considerar al mundo, no podía ser otro que el espiritualismo más cerrado, teniendo por consecuencia lógica la intolerancia más absoluta. La máxima del silogismo escolástico era Dios, y la conclusión la Inquisición.